

Hipócritas, cínicos, manipuladores

“Un escándalo muy inglés”: Stephen Frears se burla de las peores esencias nacionales

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

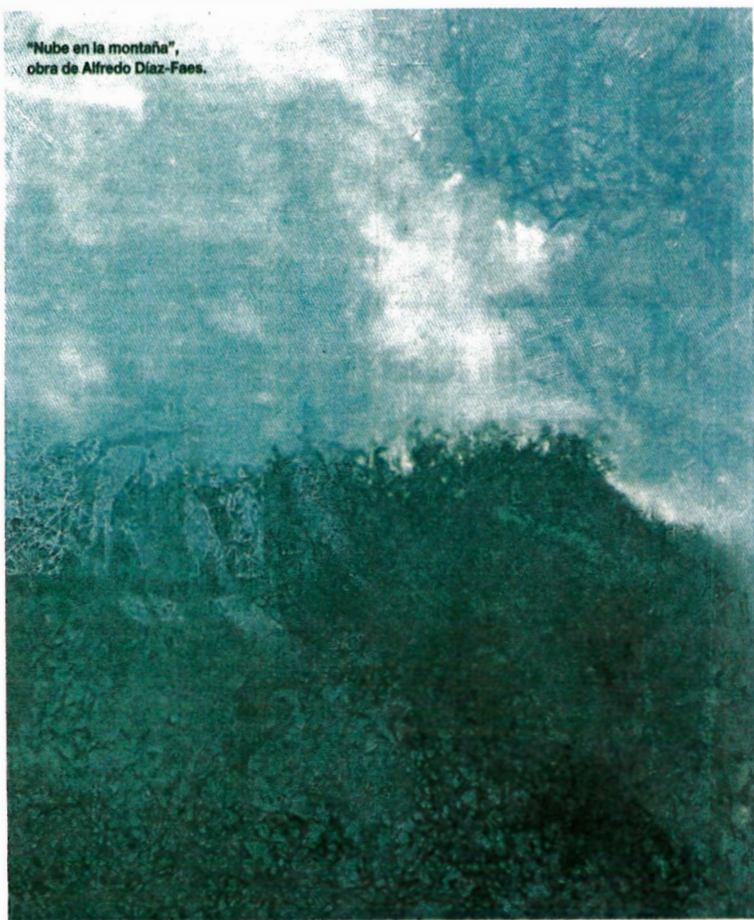
Como ya dejó escrito Tino Pertierra que estas tres horas son “una joya” y la interpretación de Hugh Grant excelente, me ahorro insistir en ambos aspectos: concuerdo sin dudar y me permito fijarme en otros. Si la historia se titula “Un escándalo muy inglés”, cabe entender que existen comportamientos muy ingleses, que existe un fenotipo inglés, digámoslo así. Sus componentes serían la hipocresía (ese fingimiento de cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente se tienen o experimentan), el cinismo (esa desvergüenza en el mentir o en la defensa y práctica de acciones o doctrinas vituperables) y las componendas (esos arreglos o transacciones censurables o de carácter inmoral). Al menos así lo ve Stephen Frears para contarnos la historia – basadísima en hechos reales – que hundió la carrera política del diputado Jeremy Thorpe (1929-2014), que estuvo a punto de acabar con la vida de su amante Norman Josiffe (o Scott, según) y que dejó en el ambiente una pestilencia importante tras el juicio que se siguió. Todo con el telón de fondo de aquellos 60 y 70 del XX, el pop y los hippies contra la vieja escuela británica, hipócrita, cínica y engolfada en sus componendas. La historia es conocida y fue muy aprovechada en España (lo recuerdo perfectamente) por el filón de amarillismo que los guardianes de las costumbres explotaron para mostrar a los hispanos lo cochinos y perversos que eran los ingleses: hasta se jugó con el apellido del político, quitándole la “h” y pronuciándolo a la española. La cosa fue que un muy prometedor parlamentario –gay sin duda, hetero ante el mundo (se casó con una mujer, fue padre, enviudó y volvió a contraer con una condesa)– de Su Graciosa Majestad se encaprichó de un mozo de cuadra, le puso piso, tuvieron sexo, se cansó de la novedad y quiso cortar. Pero el muchacho –once años más joven– no pensaba igual. De modo que comenzó a pedirle cuentas a Thorpe y, erre que erre, a exigirle que le facilitase una tarjeta de la Seguridad Social, como le había prometido. Había cartas comprometedoras por medio y el hipócrita Thorpe puso en marcha el cinismo y las componendas. Tiró de amigos, de influencias, dejó caer aquí y allá (entre copa de oporto y comida en los clubs privados y muy exclusivos para caballeros) lo muy molesto que se había vuelto aquel otrora encantador chaval, un tanto errático por otra parte. Y, sobre todo, que aquello había que solucionarlo, había que eliminar a Norman, de todas todas. De modo que se trama una conspiración chapucera que acaba con una perra como víctima mortal y con un proceso en el que un juez instruye con vehemencia sorprendente al jurado sobre el veredicto que deben dar: hay que verlo, hay que ver los planos contrapicados al respecto.



A Very English Scandal

Stephen Frears
Miniserie de TV
3 episodios de
57 minutos, BBC,
Reino Unido, 2018

Frears se burla con dureza de la hipocresía, el cinismo y la manipulación componedora. Pero adopta para hacerlo un tono casi jocoso: provoca la sonrisa del espectador ante tan trágico asunto, tirando de ironía o, mejor, de sarcasmo. Desmonta el tinglado falsísimo de la moral victoriana con esa cara que la madre Ursula Thorpe compone: esa dignidad de clase, ofendida. Con el pusilánime Peter Bessell (gay a tanto por ciento), amigo hasta que pintan bastos: una judas luego. Con el abogadete Carman (asimismo gay porcentual), que da pie a la escena memorable de por qué Norman y no otro. Con el asesino contratado Newton, un patán no sé si ridículo o estúpido. Hasta con el sombrero que Thorpe no afea. Toda una galería de secundarios espléndida, que contrapuntean una historia que vaya usted a saber si fue de amor o simplemente de un aventurero que se considera por encima del bien y el mal al pertenecer a la clase de los que mandan: hipócritas, cínicos y maestros de la manipulación con tal de que nada cambie y se sigan hundiendo los de siempre. Eso es, una joya en solo tres capítulos.



“Nube en la montaña”, obra de Alfredo Díaz-Faes.

Díaz-Faes, entre el impresionismo abstracto y la abstracción

Intensidad en la presencia de la naturaleza, con escasa evidencia figurativa, y especial interés por la materia y la textura

RUBÉN SUÁREZ

A lo largo de la vida de la reciente historia del arte, siempre se procuró reservar un lugar diferenciado para aquellos pintores, también llamados impresionistas abstractos, en cuya obra y con independencia que se declaran dentro de la abstracción, se patentiza la presencia de la naturaleza con mayor o menor evidencia figurativa. Ese me parece el caso de Alfredo Díaz-Faes (Oviedo, 1960), un artista que aunque se deja ver con escasas exposiciones individuales viene realizando desde hace bastante tiempo una muy interesante y personal pintura, desde que, como en tantas otras ocasiones ha sucedido, su asistencia al taller de Humberto le descubrió una nueva manera de ver el arte y de terminar el comienzo de una apasionada trayectoria de creación plástica.

Lo que no comprendo es el afán que parece tener por desprenderse de la condición, o para el caso etíquetada, de lo figurativo. Lo digo por una entrevista con Eduardo Lagar en este periódico hace unos días en la que, entre otras cosas en el mismo sentido, declaró: “La pintura figurativa puede ser importante para desarrollarte, pero luego la tienes que olvidar”. ¿Por qué?, ¿quién ha dicho eso? Lo cierto es que se pinta como a peyteo o se necesita pintar, y la cuestión abstracción-figuración como enfrentamiento o dicotomía es algo que ya ni suele plantearse. Pero en cualquier caso, y por si le sirve de algo, diré que el cuadro que más me ha interesado de esta exposición es el que resulta más decididamente abstracto: “Búho nocturno”, con sus óxidos entre los verdes y azules que seguramente le gustarían a Matarranz, aunque en su caso serían metafóricos y en este orgánicos.

No sé si por apartarse de la apariencia figurativa o por interés de investigador de la materia, Díaz-Faes utiliza la técnica de pintar sobre fibra de vidrio en el soporte de lienzo o tabla. Siendo su concepción plástica de carácter romántico, como el propio artista asegura, esta técnica sugiere sin embargo un especial interés por el análisis constructivo y la obtención de texturas y calidades sobre la superficie pintada, en el momento de la formalización, lo que es más propio de la abstracción matérica. Quizá las tensas membranas blancas que se extienden por el cuadro dando solidez y estabilidad a la composición, tengan parecida intención a la que tenía Seurat con el divisionismo y la ordenación del campo pictórico, cromática y de pincelada, para huir del toque fragmentado y la disolución de formas por la luz del impresionismo. A fin de cuentas, Pissarro dividía a los impresionistas entre “científicos”, que eran Seurat y Signac, y “románticos”, que eran todos los demás, y puede que Alfredo Díaz-Faes quiera conciliar el interés estructural por las texturas de la materia con la espontaneidad de la visión intuitiva de la naturaleza. En cualquier caso, se puede ser abstracto o figurativo, científico o romántico o todo ello a la vez; lo que importa es la obra, y la suya es de interés y calidad, un trabajo que acredita tanto personalidad como buen manejo de los elementos plásticos y también una voluntad de evolución y experimentación en la creación pictórica. Veremos si finalmente la abstracción se impone definitivamente.

Alfredo Díaz-Faes. Pinturas

Galería Amaga, Avilés. Hasta el 31 de octubre